

biendo a mi paso los honores correspondientes a mi rango.

»Eh, ¿qué dice usted de esto? ¿Que el uniforme de subprefecto no vale el de un gendarme? Pues bien, cuando el ministro me vió con aquel boato, como buen parisién de nacimiento o de adopción, pues era ministro, rió a su placer... Pero el subprefecto tenía motivos para no reírse. Se querelló, se querelló en toda regla. Pues bien, hoy..., señor mío, este subprefecto... continúa siendo subprefecto. Pero usted, señor Crousillat, lleva trazas de morir siendo nada menos que presidente de Audiencia.

El señor Crousillat, que en la primera historia había empezado a rascarse el cráneo con aire de profunda preocupación, al oír la segunda se puso a reír sin rebozo.

—Vamos—dijo—, váyase usted y no reincida.

Rouletabille dió un brinco, consultó el reloj, y exclamando en voz baja «voy a hacer tarde», salió corriendo más veloz que una liebre.

En seguida *Camiseta* empezó de nuevo a gritar y a su vez Crousillat gritó también desesperado:

—Al menos entréguenos el uniforme.

CAPITULO XVII

UN GOLPE TEATRAL

ERAN más de las dos y media cuando Rouletabille dejó veloz la compañía del señor Crousillat, y cerca de las seis cuando de nuevo apareció en Lavardens. Su cuaderno de notas, sin embargo, no indica en qué o cómo empleó ese tres horas; pero las declaraciones del pastorcillo al fingido gendarme nos permiten fácilmente suponer que hubo en la Roche d'Ozoul en esas horas de la tarde dos oídos y dos ojos con los cuales no se contaba ciertamente.

Tenemos, pues, a Rouletabille en Lavardens. Como siempre llevaba prisa al parecer, entró como una centella en el *Viei-Caston-Nou*, se plantó de un brinco en el vestíbulo, subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera que conducía al primer piso; atropelló a unos cuantos enlutados, lejanos parientes del señor de Lavardens, puestos ya en acecho de la herencia desde la desaparición de Odette, y, finalmente, topó con la persona

que iba buscando, esto es, con la camarera, a la cual llevó a empujones a una salita que, dentro ya los dos, cerró con presteza.

Esteve no podía ya ver a Rouletabille sin ponerse a temblar como un conejo. Cruzando las manos le dijo:

—Le juro, señor, que se lo he dicho ya todo.

—Escucha — repuso Rouletabille — ajándole las manos—; voy a hacerte una pregunta a la que no te va a ser difícil contestar y cuya gran importancia no puedes sospechar siquiera...

—¡Dios mío! ¿Qué podrá ser ello?—gimió la pobre Esteve.

—Vas a decirme—repuso Rouletabille, abalanzado sobre la camarera, que le miraba con creciente espanto—. Vas a decirme... Pero no me mires así... Es una nonada lo que voy a preguntarte... Vas a decirme si la señorita Odette tiene una señal en la parte izquierda de la espalda.

—¿Una señal en la parte izquierda de la espalda?—repitió la criada abriendo unos ojos enormes—. ¡Vaya una pregunta!

—No te exijo que juzgues mi pregunta; exijo que la contestes. ¿Tiene una señal en la parte izquierda de la espalda?

—De seguro que no... no tiene señal alguna ni en la parte izquierda de la espalda ni en la derecha...

—En fin, entiéndeme bien — insistió Rouletabille—; hay personas que tienen en la piel eso que llamamos un

deseo o antojo... Tú has desnudado a veces a tu amita y has podido reparar en ello...

—¡Caray si he podido verlo!... Nada, no tenía nada... Siempre vi su piel limpia como un espejo.

—¿Nada? ¿Ni una peca?

—Nada, como se lo digo a usted.

—¿Ni un pequeño lunar, cáspita?

—Era hermosa de pies a cabeza; pero no, no tenía ningún lunar...

—¿No me engañas? No tienes motivo alguno para engañarme...

—¡Eh! ¿Qué ardite quiere usted que me importe el que tenga o no tenga un lunar?

—Bien—repuso Rouletabille pensativo ; esto es todo lo que quería saber...

Y, como de costumbre, la dejó bruscamente.

—El sí que tiene lunares—murmuró, ya ido, Esteve.

El repórter, recién salido de la casa y a la entrada del pueblecillo de Lavardens, divisó a Juan, que se dirigía hacia la verja del *Viei-Caston-Nou*. Le llamó. Juan se vino corriendo hacia él.

—Por fin te veo—exclamó Juan—. ¿Recuerdas lo que me dijiste?

—¿Qué te dije?

—Que tendría noticias de Odette.

—En efecto, recuerdo haberte dicho algo parecido a eso.

—Pues bien; figúrate que he tenido un encuentro ex-

traordinario. Hallándome en el campo, a dos pasos de aquí, muy cerca del *Caston-Nou*, como tú me habías recomendado...

—¿Qué?

—Pues estando sentado en un ribazo, rumiando cuanto me dijiste, y muy abatido, a pesar de tus alientos, y preguntándome cómo podías hablar con tal seguridad de un asunto que parece cada vez más embrollado, más atrozmente misterioso, y en cual percibo, sin ver la razón, a tanta gente coaligada contra nosotros... veo que se me acerca una chiquilla andrajosa, una gitanilla que llevaba unas canastas y haces de tiernos mimbres... Miró en torno suyo, como si quisiera cerciorarse de que nadie la veía, y luego, inclinándose hacia mí, me dijo:

—¿Es usted el señorito Juan?

—Sí—le dije—; ¿qué quieres de mí?

La niña respondió a mi pregunta preguntándome a su vez:

—¿Se alegraría usted de tener noticias de la señorita? Figúrate el efecto que me producirían estas palabras, y más después de lo que me dijiste...

—Sería—le dije—el colmo de mi felicidad.

La chiquilla volvió a mirar en torno suyo.

—Sobre todo, no diga usted nunca que me ha visto, porque me matarían...

Le dí mi palabra.

—Pues bien—me espetó con voz baja—, alguien puede informarnos. Vaya usted...

—*Vaya usted a las siete*—dijo interrumpiéndole Rouletabille—. *Vaya usted a las siete al llano de las Cañas.*

—¿Cómo?—exclamó Juan estupefacto—, ¿lo sabes?

—¿No he de saberlo todo?

—Y se alejó la chiquilla, no sin antes aconsejarme que fuera solo, pues en otro caso no encontraría a nadie.

—Lo creo.

—Y sabiendo que se me daba esta cita, ¿has venido para acompañarme?

—Muy lejos de eso. No quiero que te falle la cita. Debes ir completamente solo. Vete enteramente solo.

—¿Y nada más me aconsejas?

—Nada más. ¡Ah, sí! Te aconsejo que no desperdicies palabra de lo que se te diga. Adiós, Juan, y buena suerte. Juan miró el reloj.

—Voy—dijo—. No está muy cerca el llano de las Cañas, pero quiero ir a pie para no llamar la atención de nadie.

—Andando y buena suerte. Mientras bajas allá, aquí no perderé yo el tiempo, te lo prometo.

—Te espero en el *Viei-Caston-Nou*.

—Pero vete, charlatán. ¿No ansías saber dónde está Odette?

Juan se fué en seguida. Rouletabille tomó la dirección contraria. Andaba, al parecer, muy preocupado, cuando al pasar por delante del café de Lavardens atrajo su atención estrépito de voces: eran las del juez de instrucción y del escribano, sentados allí. El repórter se asomó

y columbró al fondo del establecimiento, bajo la rotonda, a los gendarmes sentados a la mesa ante una botella y entre ellos a *Camiseta*, que les estaba contando cómo el canalla del periodista se le había llevado la túnica y el kepis, prodigándole las *grasias*. «Pues bien; otra vez que le tenga a mano, ya verán ustedes si le *agrasiol*».

Rouletabille vió allí... la bicicleta del señor Crousillat posada en la acera. Aquel descubrimiento le incitó, al parecer, a realizar nueva hazaña. En cuanto le vió, subió de un salto, y a ojos vistas, en el preciso momento en que el señor Crousillat salía del café para sentarse en la terraza, empezó a pedalear, a pedalear...

—¡Mi bicicleta!— aulló el juez—. ¡Ah! Esta vez sí que *propaassa*.

Y llamó a los gendarmes que allí tenían también sus bicicletas, y echaron a correr tras de Rouletabille gritando como locos. El repórter se volvía de vez en cuando y con gestos les ponderaba su buena amistad, divirtiéndose en moderar la marcha cuando se distanciaba de ellos demasiado trecho; en una palabra, gozaba, al parecer, extraordinariamente viendo desplegado tras sí aquel vulgar cortejo de gendarmes aullando y gesticulando como energúmenos. *Camiseta* era, naturalmente, el más virulento.

—¡Tate! ¡Tate! Lo que es esta vez no se me escapa.

Rouletabille le enviaba besos...

Dando las siete, Juan penetró en el llano de las Cañas. Este terreno—si tal nombre puede darse a un suelo

extremadamente movedizo y que cuando menos se espera cede a los pies—se extendía entre el río y los diques y suelen ser los terrenos de esta clase sumamente peligrosos en esta época del año, pues verdean como inocente pradera y atraen por su frescura. Circuían el llano altas cañas enraizadas en la charca...

No tenía por qué amedrentarse de aquel terreno Juan, harto conocedor de todos los encantos y de todas las perfidias de la Camargue. Por lo demás, la siguiente frase absorbía enteramente el pensamiento del joven: «tener noticias de Odette».

Lo primero que vió fué a la gitanilla que, después de dirigirle con el gesto la expresión de su buena amistad, desapareció, sin que el joven sintiera ya por ella el menor interés; seguía sin cesar andando... reinaba profundo silencio y ya empezaba a impresionarle tanta soledad, cuando de pronto, delante de él, las cañas se separaron y vió salir, recorrida esta cortina, a otra gitana, que al principio no reconoció. Entonces la mujer dió unos pasos más y lanzó a sus ojos miradas de fuego.

—Calixta—exclamó retrocediendo instintivamente—. ¡Tú aquí! ¡Y con ese traje!

—Sí, soy yo—contestó desafiándole—. ¿De qué te asombra? ¿No soy zingara? Si lo hubiera olvidado, ¿no has hecho todo lo posible para recordármelo? Me cogiste al pasar... y yo vuelvo, puesto que tú me rechazas. Sólo he querido, antes de partir, verte por última vez, amor mío.

Y prorrumpió en carcajadas salvajes.

Juan vió ante sí algo que no conocía, que no sospechó nunca siquiera...

Calixta fué siempre con él, ya apagada, ya tierna o simplemente arisca, ya a temporadas ingenuamente orgullosa como niño estragado por la soberbia.

Y ahora se enfrentaba él ¡con el odio! ¡Ah! le bastó verla una sola vez para comprender que ella era el origen de todas sus desdichas. Y a su vez sintió que en el corazón se le agolpaban también feroces sentimientos. La cogió brutalmente de la muñeca, espetándole, mientras ella gritaba:

—¡Odette!... ¿Qué has hecho de Odette?

La gitana se retorció para desasirse, pero sin dejar de reír espantosamente, y repitió:

—¡Odette! ¿Quién es Odette? ¿Quién ha visto a Odette? El señor busca a Odette.

Esta burla feroz, mucho más que las injurias, desencadenó la cólera de Juan, que empezó a sacudir a la gitana hasta hacerla un guiñapo. Entonces, babeando de rabia, ella exclamó:

—¡Pues bien, sí! Es cierto. Yo rapté a tu Odette. ¡Y no la volverás a ver jamás, jamás, jamás!

No respondió Juan a ninguno de estos espantosos *jamás* que le herían como otras tantas puñaladas, sino que golpeaba brutalmente a aquella mujer, a la cual tantas veces estrechó entre sus brazos y ahora quisiera ver muerta para no oírla. La gitana parecía recobrar a cada

golpe alientos para atormentarle más, y así se entretenían en destrozarse ambos, cuando Juan vaciló, cayendo de rodillas, pareciéndole que una alimaña, un león, se abalanzaba sobre su dorso, porque al mismo tiempo que se hundía en la arena, sintió a sus espaldas una especie de rugido... Y Calixta permanecía callada, mientras Juan y Andrés, trabados como dos furias, parecían cumplir el juramento de morir ahogado uno de ellos entre los brazos del otro... De ataque en ataque fueron acercándose a la tersa superficie de agua titilante entre las altas cañas... Ambos cuerpos rodaron allá, esperanzados uno y otro en hundir en el agua al enemigo.

Calixta, anhelante, les seguía, inclinado el cuerpo por la atención. Ya estaba Juan debajo. Calixta lanzó un grito, no se puede decir si de triunfo o de dolor al verle ya a punto de ser precipitado...

Pero cuando todo parecía que iba a terminar en trágico desenlace, la escena cambió de aspecto.

Un nuevo personaje saltó a la arena. Era Rouletabille... Lanzó agudo silbido y al punto surgió un tropel de gendarmes que se arrojaron sobre Andrés y Calixta y lograron prenderles...

Fué tal la sorpresa de los dos bohemios, que sin protesta se dejaron maniatar.

—¿Qué te parece?—dijo Rouletabille a Juan—, creo que era hora de presentarme, ¡hem!

—Tú llegas siempre a punto...—contestó Juan a Rouletabille abrazándole.